

Había rogado á Rosa muchas veces que confiase á su abuela el mutuo cariño que se profesaban, ó que le autorizase para hacerlo él mismo, porque su único deseo era el obtener su mano; pero la joven se oponía siempre, diciéndole que en su estado de nulidad mental no podía comprenderla, y le rogaba dulcemente que le permitiese amarle, sin exigirle nada más.

Esta situación se hubiera prolongado indefinidamente á no haber recibido orden de salir de Burgos el regimiento de Gálvez. Desesperado éste y decidido á no partir sin Rosa, le propuso que huyera con él para unirse en la primera aldea; mas ésta se negó abiertamente, porque se horrorizaba á la sola idea de abandonar á su madre.

Ya hemos visto cómo, cediendo á los ruegos de Edmundo, consintió en que viese á su abuela, y el éxito funesto que obtuvo este paso.

XII

LA PARTIDA

La desesperación de Edmundo al alejarse de Rosa, creció de todo punto con la lectura de la carta en que le daba ésta su último adiós.

—¡Con que se inmola lo mismo que su madre! —exclamó.—¿Y podré yo consentir tan doloroso sacrificio? ¿Cumpliré así con el encargo solemne que me hizo Clementina? ¡Cómo obrar, Dios mío, cuando ella misma me rechaza y se despide de mí!

La aflicción más amarga laceraba el corazón de Edmundo; el deber y el honor le mandaban seguir sus banderas, dejando en Burgos toda su dicha del presente, todas sus esperanzas del porvenir. Amaba á Rosa con extremo; la amaba mucho más desde que sabía que era hija de Clementina, porque este vínculo la hacía aún más cara para él. La vida le era una carga odiosa lejos de Rosa, y sólo al pensar que se alejaba de ella para siempre, desgarrábase cruelmente su alma.

Al llegar á Madrid, se dirigió á la casa que fué

del anciano Consejero. Mirándola, se embriagaba con el recuerdo de lo pasado; mas bien pronto aquel dulce transporte cesaba y se entregaba á la pena de su situación presente.

Una noche que vagaba sin objeto por las calles de la populosa y coronada villa, pasó rápidamente un coche, y tal era la violencia de su marcha, que Edmundo fijó en él la vista como sorprendido.

—Es el coche del doctor Alvarez,—dijo un hombre que pasaba á la sazón, como si Edmundo debiera conocerle.

—¿Y quién es ese señor?—preguntó el capitán.

—¡Cómo, caballero! ¿No conoce usted al famoso médico, al célebre oculista?—dijo admirado el buen hombre.

—En verdad que no—contestó sonriendo Gálvez,—y no le extrañará á usted mi ignorancia cuando sepa que hace poco he llegado á Madrid.

—No hace mucho que ha venido él—dijo el complaciente interlocutor;—pero es tal el prodigio de sus curas, tanto su acierto y buen tacto, que es ya el asombro de la corte. Ha hecho con feliz éxito la operación de las cataratas; ha curado afecciones de pecho, dolores nerviosos, reumas pertinaces...

—Dígame usted, caballero, ¿dónde vive?—interrumpió Edmundo.

—Está hospedado en la Fontana de Oro,—

dijo el hombre, muy satisfecho de poder mostrar que se hallaba al corriente de las novedades del día.

—Gracias, buen amigo, y adiós,—dijo el capitán, siguiendo su camino.

Edmundo se dirigió en seguida á la Fontana de Oro. Al oír encomiar la habilidad del doctor Alvarez, surgió en su mente un pensamiento. Si el médico pudiera volver la luz á los ojos de la Marquesa, su querida Rosa sería menos desgraciada. ¡Cuán grande, cuán inmensa alegría recibiría la joven! ¡Cómo la bendeciría! ¡Cuán grata le sería la memoria de su Edmundo!

Las diez de la noche serían cuando Gálvez llegó á la Fontana, abismado en estas reflexiones. Preguntó por el cuarto del doctor Alvarez, y un criado le condujo á él.

El aposento estaba amueblado con ese lujo sin gusto, peculiar de todas las fondas; constaba de una sala con alcoba y gabinete: la primera, iluminada con dos candelabros colocados sobre la chimenea, estaba tapizada y colgada de damasco encarnado; reflejaban la luz grandes espejos, y anchas butacas estaban repartidas por la habitación.

El doctor se hallaba en el gabinete, sentado delante de una mesa cubierta de papeles. Aparentaba tener cincuenta años, y su despejada frente estaba ya surcada de hondas arrugas: aquella fisonomía, pálida y abatida por las vigiliadas y el es-

tudio, tenía cierta serenidad augusta, respetable y santa.

Llevaba puesta una bata de brocado de seda carmesí, recamado de grandes flores negras; sus plateados cabellos cortados muy rasos, sus ojos azules de elocuente y bondadosa mirada, y su sonrisa dulce y melancólica, completaban un conjunto que inspiraba veneración y confianza.

Al ver al capitán, se levantó cortés y le ofreció su mismo sillón con una política expresiva y llena de dulzura.

—¿A qué debo el honor de esta visita, caballero?—preguntó á Edmundo luego que se hubieron sentado.—¿Tiene usted—añadió,—la desgracia de necesitar de mis servicios?

—Tengo, en efecto, que lamentar una desgracia—dijo el capitán,—y vengo á buscar el alivio en los profundos conocimientos de usted.

—Explíquese usted, pues, caballero: le escucho—contestó el doctor.—¿Carece su esposa de salud? ¿Está enferma su madre? Hábleme usted con confianza.

—Desgraciadamente, señor, soy solo en el mundo—dijo Gálvez con profunda tristeza.—Escúcheme usted—añadió, arrastrado por un sentimiento de confianza y por la necesidad irresistible de desahogar su corazón;—oígame usted, señor: voy á referirle mi vida entera, y ¡quiera Dios que tenga piedad de mí!

—Hable usted, hable usted—dijo el doctor

aproximando su asiento al del capitán;—yo también he padecido mucho, amigo mío, y, por lo tanto, un sentimiento invencible me inclina siempre al desgraciado.

Alentado Edmundo con tanta bondad, refirió al doctor la serie de disgustos que habían amargado su existencia: su amor á Clementina, el odio de la Marquesa y la pasión que profesaba á Rosa.

El largo martirio de la señora de Osorio conmovió hondamente al sabio anciano, y las lágrimas humedecieron sus ojos al escuchar el sublime y costoso sacrificio de su hija, compadeciendo el extravío de la Marquesa y excusando su dureza.

—Si la ceguera de la Marquesa—dijo,—procede de cataratas, curará, y recobrará la razón con la vista.

—¡Ah, doctor!—exclamó Edmundo, levantándose y estrechando las manos del anciano.—¡Será posible! ¿podría aliviarse la suerte de Rosa? Háble usted; pídame todo cuanto poseo, todo, hasta mi vida. ¡Ah!—prosiguió con amarga tristeza,—¡nunca he sentido como hoy la desgracia de ser pobre!

—Dígame usted su nombre, capitán—dijo el doctor:—no le ha proferido durante su narración.

—Me llamo Edmundo de Gálvez.

—¡Gálvez...!!—repitió el doctor, en cuyos ojos brilló un rayo de alegría. Elevando después al cielo una mirada de profunda gratitud, hubié-

rase dicho que le daba gracias por algún inmenso beneficio.

Desapareció de súbito la expresión que animó por un momento la fisonomía del anciano, y sus móviles facciones recobraron su dulce serenidad.

—Escúcheme usted, pues, Gálvez—dijo con voz ligeramente alterada:—dentro de seis días salgo para París; mi designio era ir directamente; pero cambio mi intención y me detendré en Burgos para ver y curar á la Marquesa. Tenga usted paciencia aún—prosiguió el doctor, viendo que el capitán iba á interrumpirle;—déjeme que concluya, antes de manifestarme su agradecimiento. Yo he hecho muchos beneficios, que han recibido en recompensa la ingratitude más negra; no he encontrado aún un alma como la de usted, no he hallado hasta hoy las virtudes que le son innatas. Déjeme usted que haga la última prueba: si me equivoco, ¿qué importa un desengaño más, después de tantos sufridos? Le aseguro que será el último á que me exponga.

—¿Y qué le mueve á usted á usar de tanta bondad con un hombre que le es desconocido?—preguntó Edmundo;—¿por qué exceso de santa caridad quiere hacerme un beneficio tan inmenso?

—Le conozco á usted, capitán—dijo el doctor con suave sonrisa,—ó á lo menos creo conocerle; ya le he dicho además que quiero probar por la vez postrera.

—Pues bien, señor—exclamó Gálvez, cediendo

do al entusiasmo que aquel hombre le inspiraba:—pruebe usted. Quizás sea yo el destinado á persuadirle de que aún hay gratitud en el mundo. ¡Oh!—prosiguió el capitán en un arranque de apasionado reconocimiento,—¡oh, señor! ¡feliz yo mil veces si me pidiera la vida, único bien con que pudiera pagarle!

—Tal vez llegue un día en que yo mismo pida á usted una aseveración de esa protesta—repuso el doctor con melancólica sonrisa; por ahora sólo una cosa exijo de usted: tenga cuidado de su salud, que está más quebrantada de lo que usted mismo cree; esa palidez y el abatimiento de esa mirada me dicen que para usted no hay intervalo de descanso entre el día y la noche; tenga usted cuidado, capitán, porque los dolores del alma llegan á hacerse incurables si nos abandonamos á ellos; la cabeza destruye y mata al cuerpo, y contra la afección de aquel órgano, la indicación es bien conocida: la razón, la reflexión es lo único que puede curarle; la medicina es ineficaz en las lesiones morales.

—Tiene usted razón—repuso Edmundo;—he sufrido tanto, que yo mismo me estremezco al recordarlo; pero, gracias á usted, encuentro hoy un consuelo á mi dolor.

—Váyase usted, pues, á descansar, amigo mío—dijo el anciano,—y venga á verme todos los días mientras esté en Madrid. Mis muchas ocupaciones me privarán del gusto de verle en su

casa, porque no visito, y recibo aquí todas mis consultas.

Edmundo se despidió del generoso doctor hasta el siguiente día, y salió de su casa con el corazón henchido de admiración y gratitud.

XIII

UN BUEN DOCTOR

El doctor Alvarez salió de Madrid, despidiéndose de Edmundo con la efusión y ternura que lo hace un padre de su hijo, y anotando en su cartera las señas de la casa de la Marquesa.

Apenas descansó en Burgos algunas horas, salió en su busca y se dirigió á la calle de San Esteban, fijando desde luego su atención en la blanca casita que le había descrito el capitán.

Largo rato hacía que la contemplaba, sin saber á quién dirigirse, y ya iba á retirarse, cuando se abrió la puerta de la casa, y poco después salió de ella una mujer de edad madura, en cuyo semblante se retrataba una aflicción profunda.

El doctor, recordando la pintura que Edmundo le había hecho, reconoció en ella á la nodriza de la joven Rosa.

Magdalena cerró la puerta tras sí, y echó á andar acelerada. El doctor la siguió, y avivando también el paso, consiguió ponerse á su lado.

—¿Podría usted decirme, buena señora, si voy bien por aquí á la Plaza Mayor?—preguntó á la nodriza.

—Siga usted la calle,—contestó ésta sin dejar de andar.

—Puesto que llevamos el mismo camino, permítame usted que la siga para no extraviarme,—continuó el doctor sin desanimarse con el laconismo de su interlocutora, y siguiendo á su lado hasta la calle de San Nicolás.

—Yo me separo aquí, caballero—dijo la nodriza,—porque ya no llevamos el mismo camino: vuelva usted la calle á la derecha, y se hallará en la Plaza Mayor. Yo misma le hubiera conducido á ella; pero me es imposible porque voy corriendo en busca de un médico.

—¿Busca usted á un médico, señora?—preguntó Alvarez, pudiendo ocultar apenas su alegría: —pues ya le ha encontrado. Vamos, condúzcame usted á donde puedan ser útiles mis auxilios.

—Venga usted, pues, señor; venga pronto,—dijo la buena Magdalena volviendo atrás, y andando tan á prisa que apenas podía seguirla el doctor.

Pronto llegaron á la calle de San Esteban. Magdalena abrió la puerta y entró en la casa, precediendo al médico.

Al entrar éste en la sombría y triste vivienda de Rosa, se oprimió dolorosamente su corazón. Magdalena le condujo á la salita que ya conocemos, y le rogó que tomase asiento.

Las puertas de la alcoba estaban abiertas y permitían ver en su fondo un lecho rodeado de

cortinas blancas, en el que descansaba una joven; el gran sillón de vaqueta estaba colocado en la cabecera, y sentada en él la Marquesa de Olmedo. El semblante de la anciana había perdido algo de su tétrica y feroz expresión; pero en su pálida frente se leía una desgarradora angustia. Desde la impresión que sintiera al oír la voz de Edmundo, había tenido algunos intervalos lúcidos, y poco á poco desapareció el delirio, que era su habitual estado.

Este cambio favorable, que poco antes había llenado de gozo á la desdichada Rosa, no la causó ahora sensación alguna. Perdida la esperanza de ver á Edmundo, ¿qué era ya el mundo para ella? ¿qué valía la existencia? Se sentía morir, y allí en el lecho del dolor y entre las tristes paredes de la casa materna, daba gracias al cielo y pedía para Edmundo la protección divina.

¡Desventurada! ¡Con cuánto cuidado evitó que su madre advirtiese su pesar! ¡Con cuánto afán disimuló la alteración de su voz, ahogada muchas veces por el llanto! Esta heroica abnegación, este inmenso sacrificio, sólo Dios podía apreciarlos, porque la razón de la Marquesa estaba aún harto débil para que pudiese comprender lo que pasaba en el corazón de su hija.

Dos meses hacía que Edmundo había partido; aquella mañana se aumentó el decaimiento de Rosa, y una fiebre ardiente la obligó á acostarse, cayendo bien pronto en un profundo letargo.

Asustada la Marquesa, mandó á Magdalena que llevase su sillón á la alcoba de Rosa, y en seguida que fuese en busca de un médico.

La razón de la anciana fluctuaba de nuevo en aquel mar inmenso de dolor. No amaba á Rosa con el delirio con que había adorado á Clementina, porque el dolor había gastado en ella el sentimiento; pero la quería como á su único bien, y su amor aumentaba á medida que se disipaban las densas sombras que por tanto tiempo obscurecían su cerebro.

Al salir de casa Magdalena para cumplir la orden de su señora, fué cuando encontró al doctor.

Detúvose éste un momento en el umbral, contemplando con tristeza á la anciana sin vista y á Rosa sin sentido en su lecho.

—Beso los pies de usted, señora, —dijo acercándose á la alcoba.

—¡Ahl bien venido sea usted, señor doctor—contestó la Marquesa.—¡Si supiera con cuánta impaciencia le esperaba! Tenga usted la bondad de observar á mi hija—añadió,—y dígame si presenta peligro su dolencia.

—Abra usted la ventana,—dijo el doctor, dirigiéndose á Magdalena.

Obedeció ésta, y el médico se aproximó al lecho.

Rosa, pálida, inanimada, apoyaba la cabeza sobre su torneado brazo. Tan blanco estaba su rostro, que, á una media luz, no se hubiera distinguido de la batista de la almohada. Tenía ce-

rrados los rasgados ojos, y la sedosa franja de sus pestañas destacaba su sombra oscura sobre sus mejillas de alabastro.

El dolor, el sufrimiento no habían podido robar á aquel angélico semblante la expresión de sublime pureza, de resignación y de bondad que tenía impresa.

Mudo, absorto el doctor, contempló á aquel ángel de paz; acercándose después, puso su mano en el pecho y en la sien de la joven. Pidiendo luego recado de escribir á Magdalena, trazó algunas líneas, y dándole el papel, la envió á la botica, encargándole el pronto regreso.

—¿Qué me dice usted, doctor?—preguntó la Marquesa impaciente.—¿Ofrece su vida algún riesgo? ¿La curará usted?

—Pondré los medios, señora, para conseguirlo—contestó gravemente el doctor:—ofrezco á usted emplear todos los recursos del arte y toda mi eficacia é interés para combatir el mal; pero no puedo responder del resultado.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la pobre madre con dolorosa expresión.—¿Con que lo que yo creía una dolencia leve, es una indisposición grave? ¿Con que peligra la vida de mi hija? Tenga usted piedad de mí, señor—prosiguió juntando las manos y derramando un torrente de lágrimas.—Estoy ciega y sola en el mundo. ¡Salve usted á mi hija!

—Repito á usted, señora, que haré cuanto pue-

da—dijo conmovido el doctor.—Quisiera usted —añadió—cuidarla por sí misma, ¿no es verdad? ¿Desearía usted no fiar á nadie tan importante servicio? Su mayor alegría sería poderle acreditar el extremo de su amor, atendiendo con esmero á las exigencias de su situación, ¿no es cierto?

El anciano se detuvo, espando en el semblante de la Marquesa el efecto que producían sus palabras.

Palideció ésta y juntó las manos, apretándolas fuertemente contra el pecho.

—¡Ah!—murmuró:—esa dicha inmensa no la conoceré yo jamás; no tengo derecho á esperarla, porque fuí muy culpable, y esta convicción me da conformidad en la pena.

—Dios se apiada por fin, señora—dijo el doctor con solemne acento:—esa conformidad religiosa, ese respeto á los decretos de la Providencia, bastan para espigar las mayores faltas, y yo preveo cercano el momento de la compensación que merecen. Tal vez —prosiguió vacilante,—tal vez seré yo el encargado de esa misión sublime, que empezaré á desempeñar, si usted me lo permite.

La anciana hizo un movimiento, é iba á hablar; mas el doctor continuó diciendo con su dulce y serena voz:

—Hace rato que estoy observando los ojos de usted, señora, y me he convencido de que les ha robado la luz la enfermedad de las cataratas; yo

conozco los medios de curarlas, y si me promete usted valor y confianza, pronto desaparecerá el impedimento que obscurece su vista.

—¡Oh, no, no, doctor!—exclamó la Marquesa.—Alivie usted primero á mi hija, y después pensamos en mí. ¡Mi hija, mi hija!—repitió confundiendo en su extravío á Clementina muerta y á Rosa que se moría.

El doctor comprendió lo que aquellas palabras significaban, enterado como estaba por la relación que Edmundo le había hecho.

—¡Si recae en su delirio—pensó,—no hay recurso: todo se ha perdido! Tranquilícese usted, señora—añadió en voz alta:—el estado de esta señorita no es tan desesperado como su interés por ella le hace ver, y es posible que ahora mismo salga de él,—continuó viendo entrar á Magdalena con la medicina.

Alvarez tomó una cuchara, y llenándola de la poción, la acercó á los labios de Rosa, que sintió la impresión y entreabrió dulcemente la boca.

Poco á poco tomaron sus mejillas un débil sonrosado; abrió los ojos, y pronunció el nombre de Edmundo.

—¡Pobre niña!—murmuró el doctor.

En seguida volvió á verter algunas gotas de la bebida en la boca de Rosa, que cobró más animación.

—¡Mamá!—dijo con débil voz,—¿estás aquí?

La Marquesa no respondió al dulce llamamien-

to de la doncella. Con la cabeza demudada é inclinada sobre el pecho, había vuelto á caer en su atonía.

—Calle usted, hija mía—dijo el médico, haciendo al mismo tiempo una seña á Magdalena para que se saliese de la alcoba:—su madre de usted duerme, y ese sueño regenerador es muy conveniente en su estado.

Rosa fijó los ojos en el doctor con timidez y admiración.

Alvarez se aproximó á la Marquesa y la contempló algunos instantes, volviendo después al lado de Rosa.

La pobre ciega nada podía ver ni oír, y yacía en una completa inmovilidad.

—Ahora vamos á hablar con franqueza, hija mía—dijo el doctor, sentándose á la cabecera del lecho.—La conversación que vamos á tener ha de producir más bien en la salud de usted que el uso de todos los medicamentos; el mal de usted, hija mía, nace del corazón, y yo conozco los medios de combatirlo y curarlo.

Nada contestó la señorita de Osorio: miraba absorta y silenciosa al doctor, mientras que éste la contemplaba con melancólica sonrisa.

—Escuche usted, Rosa—prosiguió el anciano:—usted ama al capitán Edmundo de Gálvez. Lo sé todo—continuó, viendo el terror que se retrataba en los ojos de la doncella:—soy el depositario del secreto de su pasión, que su confianza fió á

mi amistad, y vengo de su parte á salvar á usted y á devolver la luz á los ojos de la Marquesa.

El tiro era al corazón: palideció la joven, y quedó inmóvil y trastornada hasta que las lágrimas vinieron en su auxilio.

—Llore usted, llore, hija mía—dijo el doctor con cariñoso acento:—las lágrimas que se reprimen caen gota á gota sobre el corazón.

—¡Oh, señor!—exclamó la joven, cruzando las manos sobre el pecho con la expresión del reconocimiento más vivo.—¿Quién es usted? Dígame para que pueda acertar á venerarle del modo que merece la nobleza y santidad de su propósito.

Calló Rosa, quebrantada por la emoción, y echó hacia atrás, con su enflaquecida mano, las gruesas trenzas de sus cabellos castaños. Incorporándose después, fijó en el anciano una mirada nublada por el llanto.

—¿Viene usted de parte de Edmundo, señor?—dijo.—Usted le llevará, pues, mi último suspiro.

—No tenga usted cuidado, hija mía—contestó el doctor:—vivirá usted para ser tan feliz como su virtud merece. Escuche usted ahora: mañana voy á efectuar en la Marquesa la operación de las cataratas. ¿Me promete usted tener valor mientras dure?

—Lo prometo—dijo la joven con trémula voz;—pero permítame usted que le haga una pregunta: ¿sufrirá mucho?

—Lo menos posible, porque pondré todos los medios al efecto. Tranquilícese usted, pues—continuó el doctor:—se lo suplico en nombre de Edmundo; fie usted en mí, y hasta mañana.

—Pero ¿quién es usted, señor, que me asegura dicha cuando me siento morir de pena? ¿Usted que me conoce á mí y ama á Edmundo?

—Ya lo sabrá usted algún día: yo le comprometo mi palabra, que es sagrada—dijo el doctor con gravedad.—Ahora procure usted descansar, hija mía, y hasta mañana, que vendré á verla muy temprano.

—Adiós, señor—contestó Rosa, llevando á sus labios una mano del doctor;—que el cielo le recompense tanto bien.

El anciano colocó paternalmente la cabeza de Rosa sobre la almohada, corrió á medias las cortinas del lecho, dirigió una mirada á la Marquesa, y después de haber llamado á Magdalena para que permaneciese al lado de su señora, salió de la estancia y se encaminó á la fonda donde se hospedaba.

XIV

LA OPERACIÓN

Las diez de la mañana del día siguiente serían cuando el doctor Alvarez entró en la habitación de la Marquesa.

Sentada ésta cerca del lecho de su hija, le hablaba tranquila; el sueño había reanimado su espíritu, y esperaba impaciente la llegada del doctor.

Pulsó éste á la joven y la encontró más aliviada; luego acercó él mismo el gran sillón á la ventana, y colocó en él á la Marquesa.

Inquieta y afectada Rosa al ver estas disposiciones, dudando del éxito de la operación, y deseando consolar á la anciana en situación tan penosa, suplicó encarecidamente al doctor que le consintiese levantarse. Accedió éste, y así que la hubo vestido Magdalena, situó Alvarez otro asiento enfrente del de su madre, y la colocó en él.

—Vamos, señora, valor—dijo dirigiéndose á la Marquesa:—por unos breves instantes de sufrimiento, va usted á experimentar la dicha de ver á su hija.

—¡Pero, Dios mío, será cierto!—exclamó la pobre madre.—¿Será posible que vuelva á ver la luz?

El médico se preparó; pidió á Magdalena una venda, y, aproximándose á la anciana, empezó á operar.

Ni un grito se escapó de los labios de la Marquesa. Rosa, abandonando su sillón, se había dejado caer de rodillas á los pies de su madre, y apoyaba la cabeza en sus rodillas, teniendo fuertemente asida una de sus manos.

La impasibilidad de la paciente dió seguridad y tiempo bastante al doctor para batir la tela que cubría sus ojos.

—¡La luz...! ¡ya veo la luz...!—gritó de repente; y extendiendo sus manos, tocó la cabeza de Rosa, á la cual estrechó contra su corazón.

—¡Oh...!—exclamó.—Clementina, ¿has bajado del cielo para consuelo mío...? Rosa, ¿eres tú ó es tu madre la que tengo delante de mis ojos?

—Cierre usted las ventanas, Magdalena, pronto,—dijo con voz fuerte el doctor, vendando los ojos de la Marquesa.

—¡Oh, Edmundo, bendito seas mil veces!—exclamó Rosa elevando al cielo sus ojos bañados en llanto.

—¡Edmundo...!—repitió la señora de Olmedo quedándose pensativa.

—¡Rosa, Rosa...! ¿qué tiene usted?—preguntó Alvarez al ver que la joven doblaba la cabeza

como un lirio tronchado por el viento. Tomándola después entre sus brazos, la tendió en el lecho, y enjugó con su pañuelo la frente de la pobre niña, cubierta de helado sudor.

La Marquesa se hizo conducir por Magdalena, y arrojándose sobre el lecho, cubrió el semblante de Rosa de besos y lágrimas.

—¡Fatalidad!—murmuró el doctor.—Sólo Dios y esta mujer pueden salvar á esta desdichada.

XV

AGONÍA

Un mes ha pasado desde el día en que el doctor Alvarez volvió la luz á los ojos de la Marquesa de Olmedo.

Son las doce de la noche, y el cierzo embravecido azota las vidrieras de la casita gimiendo sordamente.

Triste aspecto presenta el aposento en que vamos á introducir al lector. Rosa está tendida en su lecho, sin movimiento, y, al parecer, sin vida; el doctor de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y contemplándola en actitud sombría; la Marquesa con los ojos vendados aún y sollozando amargamente; Magdalena cubriendo con el delantal su rostro inundado de lágrimas, y Azor, el leal y viejo Azor, fijando la mirada en todos alternativamente, y lanzando de vez en cuando un lastimero gemido.

—¿Con que no hay esperanza?—preguntó la señora de Olmedo con voz entrecortada.

—Ninguna, señora —contestó el doctor:—la pulsación concluye, y empieza la fatigosa agonía.

—¡La agonía ha dicho usted!—repitió la anciana estremecida.—¿Con que va á morir? ¿Con que el cielo me roba mi último consuelo?

—Respete usted sus decretos, señora, y no interprete su justicia—repuso el anciano con severo acento.—No es él, es usted quien la mata sin compasión, y con las mismas armas con que asesinó á la desventurada Clementina. ¡Mujer cruel... pues que el sagrado nombre de madre debe negarse á quien rompe, desprecia y pisa las sagradas leyes de la naturaleza! Sí: ¡usted es el verdugo de sus hijas, y, al matarlas, ha atentado usted contra sí misma!

—¿Qué desea usted, pues?—preguntó la Marquesa con altiva arrogancia.—¿Que entregue á Rosa al asesino de su madre? ¿Que fíe la rica herencia de esta niña á ese hombre sin posición? ¿Quiere usted, en fin, que los esclarecidos tímbrs de su ilustre cuna se denigren uniéndose á un hombre obscuro?

—Quiero—contestó el doctor,—que escuche usted á su conciencia; quiero que tenga usted piedad de esta hermosa y adorable joven, que muere en la primavera de su vida; quiero, en fin, que mida la corta distancia que existe entre usted y la tumba, y que no amargue los días que le restan hasta llegar á ella el recuerdo de su conducta criminal y de su feroz orgullo.

—¡Ah, doctor!—exclamó la Marquesa aterrada con el severo lenguaje del anciano,—¿no he refe-

rido ya á usted todos los dolores que han envenenado mi vida? ¿Por qué, pues, no tiene piedad de mí?

—Lo sabía todo antes de que usted me instruyese—repuso Alvarez:—sé hasta qué punto llega la crueldad de usted por un hombre digno de mejor fortuna, por un inocente á quien usted culpa injustamente, porque no quiere escuchar la voz de la razón.

Demudóse el semblante de la Marquesa, contrayéndose de un modo extraordinario.

—No me recuerde usted á ese hombre,—dijo sordamente.

—Señora, tengo que satisfacer un deber que yo mismo me impuse, y un deber es sagrado para mí—repuso el anciano con tan firme expresión, que dejó atónita á la Marquesa.—Voy á hablar á usted de ese hombre, mal que le pese, en presencia de su hija agonizante. Voy á convencerla de que le debe gratitud, porque él fué quien me rogó que viniese á dar la luz á sus ojos. Quiero que comprenda usted la excelencia de su corazón y la nobleza de sus ideas, que le recomiendan y encumbran mucho más allá de donde puede llegar la más alta nobleza.

—Y yo no quiero oír á usted, caballero,—dijo la anciana levantándose y dirigiéndose lentamente á la puerta.

—¡Marquesa de Olmedo!—exclamó el doctor con terrible energía,—prevengo á usted que, si

pasa ese umbral, pierde el último suspiro de su hija, que recogerá mi cariño, porque no consentiré que la vuelva usted á ver.

—¡Oh, no, no! ¡Eso sería horrible!—exclamó la anciana dejándose caer en la silla más próxima. Y recogiendo todas sus fuerzas, añadió:—Usted no hará eso, doctor; no lo hará, ¿es verdad? Ni morirá mi Rosa, ¿no es cierto? Dígame usted que no morirá; deme usted ese consuelo si aprecia en algo mi vida.

Alvarez se acercó á la Marquesa; desató con mucho cuidado la cinta que vendaba sus ojos, y tomándola por la mano la condujo hasta el lecho de Rosa.

Los ojos de la anciana, enrojecidos y débiles aún, se fijaron en la joven, que tenía cerrados los suyos, y cruzaba las manos sobre el pecho con una actitud llena de gracia é inocencia.

—¡Mire usted á su hija, señora—dijo el doctor, —y después dígame si la engaño cuando le advierto que va á morir!

—¡Rosa, Rosa!—exclamó la Marquesa cayendo de rodillas á los pies de su lecho;—¡hija mía! ¡Con que mi horrible destino es verte morir como á tu madre! ¡Con que no hay medio de salvarte...!

Los sollozos le impidieron continuar, y ocultó la frente entre las ropas del lecho.

—Usted puede darla la vida, señora, y puede hacerla muy feliz.

—¡Yo...!—repitió la anciana;—¡yo...! ¿y no me ha dicho usted aún lo que he de hacer? Vamos—prosiguió con febril impaciencia,—vamos: hable usted.

—Escriba al capitán rogándole que venga en el momento que reciba su carta: la presencia del objeto amado es el recurso que resta, es mi única y última esperanza. Dígale que gane instantes, y que su presencia aquí sea la respuesta.

—¡Llamar á Edmundo...! ¡al verdugo de mi hija!—exclamó la anciana.—¡Oh, jamás, jamás!

—Pues entonces, ¿para qué me pregunta usted el modo de salvarla? ¿Para qué llora su muerte, cuando está decidida á no ceder, siguiendo en su opinión monstruosamente errónea? ¿Va usted ahora—prosiguió con amarga sonrisa,—á llamar á Gálvez su verdugo? Mire usted á esta niña; mire usted cómo todavía le llaman sus labios; vea usted esas lágrimas que se desprenden de sus ojos: esas lágrimas son su última despedida, son su postrer adiós al capitán.

—¡También le ama más que á mí...! ¡lo mismo que su madre...!—exclamó con amargura la Marquesa.—¡Oh, cuán desdichada soy!

—No compare usted estos dos amores, señora—dijo el doctor;—nada tiene de común el dulce sentimiento del cariño filial con ese incendio voraz que todo lo arrastra y lo consume: si hubiera usted sabido distinguirlos, aún viviría Clementina. Permítame que me retire—añadió, tomando

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

el sombrero,—y sepa que parto satisfecho de haber cumplido con mi deber. Se queda usted sola á sentir las consecuencias de su conducta.

—¡Oh, doctor!—exclamó la Marquesa, cruzando sus manos con ademán suplicante.—¡No, no me abandone usted! ¡No deje usted morir á mi Rosa! ¡Deténgase por lo que más ame...! ¡Haré... haré lo que usted quiera!

—Cálmese usted, señora, se lo suplico,—dijo Alvarez, conmovido, á su pesar, por aquel terrible dolor. Acercándose luego al lecho, añadió:—Va á salir del letargo, y es preciso que usted se decida.

—¡Oh, Clementina, Clementina mía!—exclamó la Marquesa, arrodillándose y elevando al cielo sus trémulas manos.—¡Oh, hija mía querida! ¡Tu memoria me vence! ¡No quiero que me acuses desde el cielo de no haber salvado á tu hija! ¡Ruega al Señor que vuelva este ángel á la vida!

Levantóse y se dirigió á la mesa; el doctor le preparó en silencio lo necesario para escribir, y la anciana trazó, con temblorosa mano, las siguientes líneas:

«Venga usted en cuanto reciba esta carta, Edmundo, si no quiere perder más que la vida, y si desea evitarme la muerte.

La Marquesa de Olmedo.»

—Véndeme usted ahora los ojos, doctor—dijo la noble madre:—ya no se volverán á abrir á la luz hasta que pueda abrazar á mi hijo.

—¡Dios bendiga á usted, señora!—dijo el anciano, cubriendo los ojos de la Marquesa; y ambos se dirigieron de nuevo á la alcoba de Rosa, que empezaba á salir de su letargo.